
Medellín, Jerusalén y Babilonia, al mismo tiempo. *La Virgen de los sicarios**

MIGUEL ARNULFO ÁNGEL

*Por mí se va a la ciudad del llanto
por mí se va al eterno dolor
por mí se va hacia la raza condenada. . .*

"Canto Tercero", *La Comedia*,
DANTE ALIGHIERI

El propósito de la siguiente exposición se enmarca en un interés más amplio relacionado con el estudio de la narrativa de la ciudad de Colombia. Para ello he establecido algunas categorías que me han permitido ubicar la producción novelística y al mismo tiempo atender a las distintas facetas insinuadas por una visión pluridimensional de la ciudad.

Entre las categorías adoptadas está la que he denominado "ciudad-mundo" en la que la ciudad de la ficción es un espacio pleno de significación que lejos de ser homogéneo, lo es más como un conjunto jerarquizado en cuyas interconexiones residen

MIGUEL ARNULFO ÁNGEL Profesor-investigador del Departamento de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco (UAM-X).

fuerzas y pulsiones valorativas por entre las cuales el personaje asciende o desciende, se enriquece o se degrada y finalmente define la naturaleza de su destino en consonancia con la ciudad vivida.

Precisamente el trabajo del novelista es crear ese mundo, registrarlo, enriquecerlo y vivenciarlo en el tiempo ofrecido por el texto y en el espacio definido por las marcas textuales que incitan a que el lector incorpore sus propias experiencias; en este caso vividas en la ciudad.

En este horizonte me preocuparé por leer la ciudad, es decir, develar los signos con los que la ciudad narrada se construye y en cuya tipología la conciencia sobre la misma adquiere sentido y forma. Me referiré a la ciudad de Medellín, en cuya novelística he tenido en cuenta, entre otras, a *Aire de Tango*, de Manuel Mejía Vallejo, y *El Fuego Secreto*, de Fernando Vallejo. En esta ocasión me dedicaré a una novela titulada *La Virgen de los Sicarios*, del mismo autor, publicada en 1994 por Alfaguara.

Medellín es el nombre más pronunciado por la prensa internacional de los últimos tiempos. El hecho de que allí se hubiera celebrado la conferencia de obispos católicos en 1968, denominada CELAM, con la que esta iglesia dio un giro de ciento ochenta grados en su acción pastoral, al expresar el propósito de abandonar sus privilegios ancestrales para comprometerse con los menos favorecidos, convirtió a Medellín en una referencia obligada y en una cita frecuente, más allá de discurso eclesiástico. No obstante, en los últimos años, su nombre ha servido para estigmatizar al país, para atemorizar a la opinión pública internacional y para legitimar una imagen tenebrosa con la que se ha querido ocultar la cadena del narcotráfico en sus fases de distribución, consumo y lavado de dinero, que se hace con mucho éxito en otras ciudades y países que intervienen en este

* Ponencia presentada en el *Congreso Internacional de Literatura Latinoamericana*. "Literatura sin Fronteras", Universidad Autónoma Xochimilco (UAM-X), Octubre 20-24, 1997.

jugoso negocio de fin de siglo. La doble moral de quienes pretenden definir las costumbres públicas, llegó a insinuar un bombardeo militar a Medellín, como lo propuso el alcalde de Nueva York, mientras en las ciudades de la Unión Americana se consume y se negocia abiertamente con la cocaína, sin la censura que ellos mismos suelen predicar para los otros. Sin embargo, Colombia no le ha echado la culpa a otros, ni Medellín nunca ha ocultado la acción del narcotráfico, y el cártel que llevaba su nombre fue perseguido, así como su capo, Pablo Escobar, una suerte de Robin Hood populista, fue acribillado el 2 de diciembre de 1993, en uno de los barrios populares, donde contrataba a jóvenes sicarios, dedicados a matar, por sumas que multiplicaban varias veces el salario mínimo. Justamente éste es el contexto en que se desarrolla el cuerpo de la novela mencionada, casi confundida con los sucesos terroristas que recientemente atormentaron a la ciudad.

Pero quizá muchos no sepan que Medellín es la segunda ciudad de Colombia, capital del departamento de Antioquía, con un alto desarrollo cultural y universitario, y que por su pericia empresarial y auge industrial le ha valido ser denominada la "Mánchester de los Andes" o "la capital de la montaña", por estar ubicada en el valle interandino formado en las estribaciones de la cordillera central y occidental, conocido como el valle de Aburrá. Al desarrollo de su infraestructura, calidad de sus servicios públicos, se suman su

carácter lúdico reconocido por sus eventos en los que recrea el apasionado ritmo del tango, en memoria del afamado Gardel, fallecido aquí en 1934, y el colorido del espectáculo de las feria de las flores, en agosto de cada año, conocido como "desfile de los silleteros". Hoy es una ciudad pujante de unos dos millones que, con la zona conurbada, asciende a unos cuatro millones de habitantes. Su nombre es asignado desde su fundación en 1541 y ratificando en 1675, cuando se erige como ciudad en honor del conde de Medellín, lugar donde nació el célebre conquistador de México, Hernán Cortés.

Ésta es la carga de historicidad para el posterior reconocimiento de los personajes que mantendrán atentos a los lectores de la novela. Quizá sea pertinente advertir que si la Medellín real ha sido teatro de la acción bárbara de narcotraficantes, milicias populares comandadas por guerrillas y delincuentes comunes que han hostigado el espíritu emprendedor y acogedor de los medellinences, sin embargo las atrocidades con las que se sacia el autor de esta novela, en la que se destila odio y maldad, no son las mismas de la Medellín histórica. Si esto fuera así, el autor sería un cómplice de la doble moral imperante que siempre busca culpa y exagera en los otros para ocultar sus propios problemas, o estaría haciendo el juego a quienes, equivocadamente, quieren encontrar en la ficción la comprobación factual de las afirmaciones. Se trata pues de una novela que no por haber sido escrita al calor de los

acontecimientos, se le deba eximir de la verosimilitud literaria cuya coincidencia con la realidad histórica sólo deba ser resuelta por los criterios de verdad escogidos por los investigadores sociales. Por otra parte, no debe olvidarse que en, la modernidad, el escritor de ficción se ha convertido en el rey de la libertad con el atributo de hacer lo que le parezca en la construcción del texto. En todo caso, el estrecho acercamiento entre referencialidad y ficción, entre historia y novela, tan evidente en esta obra, amerita un estudio específico que no es por ahora el interés de este trabajo.

Un tiempo y un espacio para un sicario

En *La Virgen de los Sicarios*, Medellín está presente todo el tiempo, no sólo como escenificadora de la acción, sino como objeto del sentimiento ambivalente de amor y odio, de diatriba y fidelidad de los personajes protagónicos. Sus lugares sirven para la narración del trasegar de un joven sicario llamado Alexis, contratado por un capo del narcotráfico con el exclusivo propósito de matar. Su trayectoria delictiva encuentra apoyo en la relación afectiva que traba con Fernando, mayor que él y quien llega a Medellín, su ciudad natal, después de haber vivido mucho tiempo fuera de ella. Con un encuentro furtivo en un bar de la ciudad, se inicia un sentimiento de complicidad en la privacidad de su apartamento, rodeado de trebejos que crean un ambiente fantasmagórico, sólo roto por la transmisión permanente del televisor y la



radio. Pese a la diferencia generacional, la relación es cada vez más apasionada y más cómplice, sesgada por una vocación de destino fatal, en la que la marginalidad nutre el permanente sentimiento de la muerte. "He dejado de ser uno y somos dos: uno sólo inseparable en dos personas distintas. Es mi nueva teología de la Dualidad, opuesta a la de la Trinidad: dos personas que son las que se necesitan para el amor; tres ya empieza a ser orgía". [p. 62]

Fernando vive, a su regreso, del recuerdo y la nostalgia —como en un tiempo largo— que a cada paso le evoca la vivencia de la infancia perdida, mientras encuentra cotidianamente en Alexis, "su niño", como se refiere a él, el motivo para seguir viviendo —como en un tiempo

corto—, sin importarle que su vida y personalidad estén regidas por el crimen. Ambos emprenden el viaje en la espacialidad representada de Medellín, sin que la fatalidad sea un secreto. Pero si bien Alexis es el que mata con suma destreza, Fernando es el que reniega a cada instante con un profundo rencor y odio hacia todo,

como si legitimara con su actitud el crimen de su compañero. Cada uno es la cara de una generación cuyos tiempos se encuentran en virtud de la espacialidad de Medellín, convertida en el acicate de sus vivencias, la referencia de su acción y el Icono de su simbolismo.

Narrada en primer persona por Fernando, que además posa de gramático con capacidad para citar, nada menos, que al afamado Rufino José de Cuervo, y de literato que tiene como referentes a Dostoievski y a Balzac, parece contar a alguien lo que sucede, con un estilo un tanto plano, semejando una crónica, en la que la construcción textual tiende, no tanto a la parodia con la que se produciría una desvalorización del personaje, sino más bien a

trascenderlo, buscando con ello su mitificación.

Entre los círculos de lo profano y lo sagrado

En la perspectiva que aquí interesa, la ciudad es un espacio concéntrico, inicialmente dedicado a testificar el actuar de los personajes. La imagen de la matrioska es útil para dar a entender esta articulación que no escatima un ordenamiento, sino que, por el contrario, lo supone como barrera a trasgredir y como límite que hay que subvertir. En Colombia está el departamento de Antioquía, en Antioquía está Medellín, en Medellín está la Comuna nororiental, en ésta se encuentra el barrio, en éste la calle con sus nombres propios, entre los que es recurrente la calle de Junín, y en ésta el apartamento, espacio del personaje con su cuerpo, en el que se encuentra su corazón, sus recuerdos, sus sentimientos. Estos son los intrincados laberintos de su ciudad interior donde se confunden el amor y el odio, la audacia y el riesgo, la venganza y la dignidad, la opresión y la libertad, la vida y la muerte. Sin embargo, esta referencialidad que delimita un amplio territorio, no es meramente funcional a manera de entorno vacío, sino que ella misma con el nombre de sus lugares y las referencias de su identidad, porta una fuerte carga emocional, gracias a la cual se delimitan niveles perceptivos y planos emocionales, a la postre convertidos en cadenas significativas y ejes axiológicos con los que se legitima de la acción de los personajes.

En efecto, Colombia es una nación en la que el ethos católico y las referencias del estado de derecho configuran una gama de paradojas que se traducen en la fruición de comportamientos ambiguos en los que el cinismo y la venganza acercan de manera permanente a Tánatos y a Eros, en una fatalidad absoluta. El país consagrado al Corazón de Jesús, es el mismo en el que “la posesión de lo robado y la prescripción del delito hacen ley [p. 69], donde se producen cambios para que todo siga igual, pues “son nuevas caras de un viejo desastre” [p. 13] y la venganza se arrastra de generación en generación. [p. 40] Pero también es “el país más criminal de la tierra” [p. 11], cuyo primer atracador es el Estado” [p. 52], y a sus presidentes, en cuyos mandatos transcurre la novela, se les trata sin ningún recato: a uno como un obnubilado que se le olvidaba que él era el presidente, como cuando le decía a su secretario: “Voy a aconsejarle al Presidente en el próximo Consejo de Ministros que le declare la guerra al narcotráfico y el doctor Montoya, su memoria y conciencia le corregía: el presidente es ud. Doctor” y al otro, como a un “bobo marica” o “un lorito gárrulo”. El espacio de la Colombia imaginada está ocupado por instituciones denominadas con el nombre de personajes públicos, el cardenal-arzobispo, un sacerdote reconocido en un programa de televisión que sirvió de mediador para la entrega del capo del narcotráfico y por supuesto el tristemente célebre jefe del cártel de Medellín, Pablo Escobar, entre otros.

En este contexto, la ciudad es finalmente un espacio pleno de significado, en el que se acumulan un complejo simbolismo compuesto de rasgos religiosos, políticos, culturales y sociales, históricos y locales que dan sentido al espacio imaginario, sustento de la ciudad que palpita en el interior de los personajes.

Medellín en uno de los círculos del infierno

El alto valor referencial del nombre propio contiene en sí mismo un sinnúmero de significados. Al decir de Pimentel, “es un centro de imantación semántica al que convergen toda clase de significaciones arbitrariamente atribuidas al objeto nombrado”. Pero el nombre de la Medellín ficcional está signado por una alta carga valorativa, “por el odio, del que es su capital” [p. 11], cuyo espacio lo configuran dos ejes de significación. Uno va de la periferia sur hacia el centro, y otro viene de arriba, en la periferia norte, hacia abajo. En el primer extremo está Sabaneta, motivo del recuerdo de la infancia, un antiguo pueblo que se ha conurbado con la ciudad, dedicado al culto de la Virgen María, bajo la advocación milagrosa de María Auxiliadora. El segundo eje lo dibuja la dirección que toma la ubicación de la Comuna nororiental —territorio donde los narcotraficantes reclutan a los sicarios y se conforman las bandas—, ubicado en la ladera de la montaña y el centro de la ciudad. Esta perspectiva permite que la ciudad de arriba defina

valorativamente a la de abajo, hasta conformar dos ciudades que incluso llegan a tener nombres propios. Una, la de arriba, es “Medallo”, que luego degenera en “Metrallo”. Otra, la de abajo, es Medellín. [p. 99] Si Sabaneta es el pueblo sagrado de la niñez [p. 59], lugar de la paz y el silencio, presidido por María Auxiliadora, a donde se va cada martes en peregrinación, la Comuna es un conjunto de barrios de invasión sin planificación urbana, de calles empinadas, levantadas las casas de prisa sobre terrenos robados, dividida en barrios y cada barrio repartido en varias bandas con territorialidad, en la que el bullicio impuesto por el imperio de la radio con sus transmisiones de vallenatos, partidos de fútbol, salsa, rock y el hacinamiento, se confunden en el odio y la venganza, “se diría que en las Comunas los destinos de los vivos están en las manos de los muertos”. [p. 68]

Sin embargo, estos dos polos se confunden hasta diluirse en la dinámica de la delincuencia, en una suerte de composición en la que lo profano y lo sagrado constituyen un solo valor y los sentimientos se trastocan en un solo proyecto existencial, avalado por el crimen. A la iglesia de Sabaneta es a donde las bandas van a arreglarse las cuentas y a planear el próximo asesinato. Y en la Comuna se presencian escenas de tanta ternura como instantes fugaces de sentimientos humanos en la inmensidad de la barbarie imperante. En alguna ocasión Alexis va a ver a su madre y a su regreso se conduce de un perro herido que está tirado en la calle, arrastrado por la corriente

de un caño, como si en estos sentimientos, aún permaneciera la esperanza de la salvación. De ahí que en algún momento no dude en afirmar: "Tenemos los ojos cansados de tanto ver, y lo oídos de tanto oír y el corazón de tanto odiar, para luego implorar con toda piedad: 'Madre Santísima, María Auxiliadora, señora de bondad y de misericordia, postrado a vuestro pies y avergonzado de mis culpas, lleno de confianza en vos os suplico atendáis este ruego: que cuando llegue mi última hora, por fin, acudáis a mi socorro para que tenga la muerte del justo.

Ahuyentad al espíritu maligno y su silbo traicionero y libradme de la condenación eterna, que la pesadilla del infierno ya le he tenido en esta vida y con creces: con mi prójimo. Amén.'" [p. 61]

En virtud de esta espacialidad, la Medellín representada en esa doble acepción, adquiere historicidad textual, con ejes de significación en cuyo simbolismo se define un tiempo discursivo que temporiza la acción de los personajes, sesgada por un sino de fatalidad compartido por Alexis y Fernando. Entre ambos tejen un solo destino que a veces está teñido de incertidumbre y aventurismo, y en otros de una plena conciencia del instante para que, en el efecto fulminante de un balazo o el mortal de una cuchillada, se produzca la consecuencia deseada en el adversario.

A partir de estos ejes, se desenvuelve el tiempo de la acción de los personajes como un viaje compartido. En el ir y el venir se evoca el recuerdo y afloran los sentimientos de

reconciliación o perdón, de imprecación o de oración para que haya éxito en el crimen.

Por eso, en esta temporalidad ocupada paulatinamente por nombres y lugares, la espacialidad adquiere toda su carga valorativa. El punto de vista desde donde ve, crea necesariamente un horizonte y una perspectiva imposible de desligar de la ponderación de la mirada. Mira a Medellín desde Sabaneta o desde la Comuna Nororiental, no es lo mismo que mirarla desde el centro, o de ahí hacia uno de esos lugares.

**Medellín,
centro del centro,
presidida por su ángel
exterminador**

A partir de estas referencias, Medellín es un infierno, centro de la atención que también tiene su propio centro, en el que las paradojas zurcen el sentido de su espacialidad, en consonancia con la ambigüedad de los sentimientos. El centro refunde los sentimientos y complejiza la acción en una ambivalencia total, expresada en el perfil paradójico de Fernando y Alexis, propensos al desasosiego, la inestabilidad y la permanente desazón. En ese sentido, su situación es infernal, minada por la venganza, erosionada por el odio, carcomida por la ambivalencia, aderezadas por el autodesprecio. Si "no somos nada, [s]omos una pesadilla de Dios, que es loco". [p. 46] Al mismo tiempo que se tiene una curiosa convicción religiosa que lo lleva a concluir que: "Dios es el diablo" [p. 87], se es descreído y lleno de supersticiones y, como buen

sicario, acompañado siempre del revolver y el escapulario de la Virgen, es atrevidamente blasfemo y profundamente creyente. La prepotencia, como para sacar el revólver y descargar un tiro porque no le cayó bien el otro, lo acompaña a cada instante y, al mismo tiempo, el arrepentimiento aflora de vez en cuando. Al tiempo que se pertenece al mundo de las Comunas, no hay duda en proponer que la mejor solución para acabarlas es imponer, sin ningún miramiento, la pena de muerte y que "vayan cayendo los fumigados y aterrizando sobre ellos los gallinazos". [p. 100]

La ciudad alberga unos ciento cincuenta templos, poblados con una procesión de nombres y advocaciones del santoral católico: La Sagrada Familia, el Carmelo, el Rosario, el Calvario, San Ignacio, la Asunción, la Visitación, Cristo Rey, Jesús Obrero, San Cayetano, San Blas, San Bernardo, entre otros. Pero sólo es un templo, el del Señor Caído, en el que Fernando siente la fuerza de su devoción. Tenía que ser ésta su advocación preferida pues es la que coincide plenamente con la prédica católica que, al minimizar al hombre por pecador, lo mantiene postrado en la culpa eterna.

Lo particular es que en la catedral metropolitana, el olor del incienso se confunde con el de la mariguana, porque mientras tanto en las bancas de atrás, travestis y narcos van a cambiar armas. Lo curioso es que las iglesias compiten con las cantinas, y entre éstas, el Versalles, el Metrópoli y el Miami, presencian uno de los tantos asesinatos

cometidos por Alexis, convertido "en ángel exterminador de esa raza perversa". [p. 64]

Es justamente en el acto de matar que se da el encuentro entre lo interno y lo externo, entre lo público y lo privado. La calle en tanto espacio, como columna cósmica a partir de la cual giran todos los mundos, ofrece la oportunidad, mediante la imposición de la sorpresa, para que lo privado se convierta en público. En una de éstas, mil veces transitada, el cuerpo físico del transeúnte se convierte en el último límite. En este espacio avorazado por la información, lo que ocurre se banaliza y la oportunidad para escabullirse se vuelve propicia. Alexis, experto en dar tiros certeros, cometió muchos asesinatos en la calle, y en una de esas circunstancias pagó, con la misma moneda, la secuencia de su fechorías. Desde una moto, otro sicario, a quien no fue posible identificar, le disparó y "la moto culebreando se perdió en el gentío y mi niño se desplomó" [p. 92]

En el ambiente furtivo y anónimo de la calle, Fernando se encuentra con Wilmar, con quien continúa viviendo como si fuera el doble de Alexis, a quien evoca confundiéndolo con Wilmar. Cuando entran a la iglesia de San Antonio de Padua, la de los locos, llamada así por la cantidad que a diario van allí, Fernando observa la cúpula mientras musita: "miré

hacia arriba y por primera vez vi desde adentro la alta cúpula que había visto desde afuera mi vida entera dominando el centro de Medellín". [p. 108] Mas tarde, la ironía de la vida lo lleva a descubrir que Wilmar, reconocido entre los sicarios como "La Laguna Azul", era el asesino de Alexis. Sólo le quedaba ir a la iglesia de la Candelaria "a rogarle a Dios que todo lo sabe, que todo lo entiende, que todo lo puede, que me ayude a matar ese hijueputa". [p. 133] Ante la imposibilidad de hacerlo, decidió una mañana en que despertaban interrogarlo por el porqué del asesinato de Alexis. La respuesta fría y pragmática de Wilmar: "Porque, mató a mi hermano", lo deja en el desconcierto, en la perplejidad y en la indecisión.

Ante semejante empate deciden irse de Medellín, porque ya no hay remedio, y en los acuerdos para la despedida, Wilmar va a la Comuna a ver a su madre. Una



llamada telefónica desde la morgue por el número que encontraron en el pantalón que llevaba el occiso, Fernando se informa que Wilmar ha sido asesinado. La frase lapidaria del evangelio: "Dejad que los muertos entierren a sus muertos", le cruzó por la mente, mientras ante sus ojos los vivos parecían muertos y los muertos le parecían vivos, en el espacio atestado de las calles y la avalancha de autos en las avenidas, al tiempo que musita estrofas de la canción popular con las que refrenda su venganza ya disminuida: "y que te vaya bien, que te pise un carro o que te estripe un tren" •

Bibliografía

COVO, Jacqueline, *Historia, espacio e imaginación*, Lille, Presses Universitaires du Septentrion, 1997.
PIMENTEL, Luz Aurora, "Flores, Parma, Cambray, Balbec. . . ,

ciudades de la imaginación en el mundo de *En busca del tiempo perdido*", ponencia presentada en el Seminario interdisciplinario de la investigación sobre "Lo imaginario",

del 3 al 7 de noviembre de 1997, Facultad Filosofía y Letras, UNAM.
VALLEJO, Fernando, *La Virgen de los Sicarios*, Santafé de Bogotá, Alfaguara, 1994.